

# ENCUESTA

## SOBRE LA MUSICA MODERNA

A partir del presente número comenzamos a publicar, conforme anunciamos, las respuestas recibidas a nuestra primera encuesta dirigida a compositores, intérpretes y profesores de música y, en general, a cuantas personas se interesen en los problemas de la música contemporánea.

### CUESTIONARIO

Es evidente la indiferencia, cuando no la oposición, del público respecto a la música contemporánea. ¿A qué razones atribuye Ud. este fenómeno?

¿Cómo cree Ud. que la cooperación del público en el progreso de la vida musical podría estimularse,

...por la organización de conciertos consagrados a esta música?

...por la creación de una sociedad de músicos y aficionados que prestase un interés concreto al análisis de la música moderna en reuniones de estudio, conferencias y conciertos?

...por una campaña de conciertos radiados que desarrollase una labor previa de captación sobre la de los conciertos públicos?

...por un nuevo concepto de la educación musical impartida en las escuelas y liceos?

En cuanto a la música moderna de compositores chilenos, ¿habría que difundirla y facilitar su comprensión como un aspecto más de la música contemporánea o sería preferible prestarle una atención aparte?

\* \* \*

**RENÉ AMENGUAL**, Compositor y Director del Conservatorio Nacional de Música, nos contesta:

Yo no diría que la situación creada a la música moderna en los conciertos se ha producido por oposición o indiferencia del público. Se debe más bien a una falta verdadera de cultura musical. Vida musical intensa, en Chile no la tenemos sino desde 1941, año en que fué creado el Instituto de Extensión Musical. Es cierto que antes existió, por cuanto a la música sinfónica se refiere, la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos; pero ésta no pudo desarrollar más que en forma esporádica temporadas de conciertos. Con anterioridad a la citada Asociación, sólo rara vez se podía escuchar música sinfónica. La actividad de cámara y solística de algunos ejecutantes de fama internacional que solían visitar nuestro país se concretaba al repertorio común y corriente y, sin preparar al público para la música moderna, se le daba por ejemplo una primera audición del «Petruška» de Strawinsky en versión de piano, o de otras obras que para los aficionados chilenos de entonces eran difíciles de

digerir. ¿Cómo podemos pedir que el público se muestre bien dispuesto hacia la música contemporánea cuando aun hoy muchas obras del repertorio clásico y romántico no se han ejecutado entre nosotros? La Tercera Sinfonía de Brahms fué estrenada por Busch hace dos años. Todavía no conocemos las cuatro sinfonías de Mendelssohn, ni todas las de Schumann, para no citar otros músicos.

Estimo que sería una mala solución consagrar conciertos enteros a la música contemporánea. Hay que imponerla gradualmente en los conciertos, después de haber educado, o cultivado mejor, el gusto por la música en general dentro de la enseñanza impartida en las escuelas y liceos. El problema, a mi entender, es ante todo de una bien dirigida educación musical. Por medio de ella, se podría conseguir que el público que ha tenido desde su niñez un contacto diario con la música, y no sólo con la clásica y romántica, pueda enfrentarse sin fastidio con las primeras audiciones de obras modernas.

A la música contemporánea chilena habría que darle en su difusión exactamente el mismo trato que a la música moderna en general. Pretender audiciones completas y exclusivas de música chilena, sería causar un gran daño. Ahora bien, sí creo que habría que acometer incluso la dictación de una ley que asegurase el que todo intérprete nacional o extranjero incluya en sus programas obras chilenas, salvo en los casos de conciertos de una fisonomía especial, como ser los festivales dedicados a una época determinada, un músico, etc.

**ZULEMA HURTADO DE COLLI**, Profesora de Música de Radio Escuela Experimental.

La mayor parte del público que asiste a los conciertos está formado por personas adultas cuya educación musical se llevó a cabo en una época en que se ejecutaba y difundía muy poca música moderna. Soy de opinión que es muy difícil hacer cambiar de mentalidad a los adultos; si bien es posible que se pudiera obtener algunos resultados con la creación de una sociedad de músicos y aficionados en la que se analizase y difundiese la música moderna en reuniones de estudio, en conferencias y conciertos. Sin embargo, es a los niños y adolescentes de los colegios a quienes se les debe educar y de quienes se puede esperar un resultado concreto en el futuro.

Creo que a la modificación de los programas en las escuelas y liceos, basados en el aprendizaje de música y educación auditiva puramente tonal, debiera añadirse una permanente y sistemática difusión por medio de conferencias y conciertos comentados de música moderna, que es la que capta con mayor facilidad que la que se imparte en los establecimientos educacionales.

En cuanto a la música moderna de compositores chilenos, podría hacerse conciertos divididos en tres partes: en la primera, música moderna europea; en la segunda, música sudamericana y en la tercera, música de compositores chilenos.

---

ALFONSO LETELIER, Compositor y Profesor, Director del Coro de la Escuela Moderna de Música.

La organización de conciertos dedicados exclusivamente a música contemporánea no me parece que sea el medio más eficaz para atraer al público. Creo, sin embargo, que la inclusión permanente de una o algunas obras modernas en cada concierto sería definitivo para el objeto. En esta forma se obliga al público a escuchar y a familiarizarse poco a poco con esta clase de música. Este problema adquiere mayor dificultad cuando la temporada de conciertos queda en su mayor parte en manos de directores extranjeros pues, a pesar de los empeños de nuestras autoridades musicales, nuestros ilustres visitantes nos repiten incansablemente siempre la misma literatura sinfónica, comprendida entre fines del XVIII y el XIX.

Ha sucedido con los conciertos sinfónicos algo semejante a lo que ocurrió en otro tiempo con el «bel canto»; entonces importó mucho más la calidad de la voz y la habilidad técnica de su poseedor que la música misma y esto, arrastrado hasta nuestros días, hace que el público discuta mucho más acaloradamente la calidad y duración del *Do* de pecho de cualquiera de los innumerables tenores, que la calidad de la música que ejecutan (en el fondo, criterio acrobata-heróico). Análogamente en el terreno de los conciertos sinfónicos (especialmente de literatura clásica y romántica) el público quiere valorar mucho más que la música en sí al director y a «su versión». Es gracioso oír discutir a los diletantes sobre las grabaciones de discos. Tienen un conocimiento increíble de cuantas versiones hay de la Quinta o de la Novena; que la de Furtwängler es menos buena que la de Toscanini o la de Sir Thomas Beacham. Así, con tal de descubrir pequeñas diferencias entre unas y otras interpretaciones, se pasan la vida sin escuchar nada nuevo. Esta posición, casi diríamos deportiva, del público ante los conciertos se ve ampliamente favorecida por la psicología de divos de los directores: son los héroes de este momento.

Nos parece, por ejemplo, increíble que en los conciertos de M. Paul Paray hallamos tenido que escuchar la Sinfonía en Re de César Franck, *L'apprenti sorcier* de Dukas, la Tercera Sinfonía de Beethoven, la Sinfonía Fantástica de Berlioz... ¡y el Capricho Español!, en vez de que este buen embajador del arte francés nos hubiera traído algo siquiera de lo que se está estrenando en su patria en este momento.

Creo que podríamos exigir mucho más en materia de programas a los directores y convencerlos de que, por lo menos en Chile, nos interesa mucho más mostrar al público estrenos que no medir sus habilidades. Por otra parte, me parece de gran importancia que de un año para otro se discutieran, confeccionaran y acordaran programas; así con tiempo podríamos obtener partituras y materiales en punto de presentar a los directores.

La creación de una sociedad destinada al análisis y estudio de las obras modernas no me parece que resuelva mayormente el problema a que nos referimos, a no ser que lográramos hacer actuar al

«snobismo» (útil en muchos casos). Esta sociedad, normalmente, acogería sólo a la gente interesada en la música contemporánea y el grueso público se nos quedaría en la calle.

La radio quizá podrá ser útil y surtir algún efecto. En todo caso muy a la larga, pues el público no se somete a ella, la busca. Y como el público de la radio es mucho menos controlable que el de los conciertos, ya que la manera que tiene de zafarse de lo que no le agrada es tan simple como hacer girar un botón, ¿cómo lo obligaríamos a escuchar? Por otra parte, la eficacia de este medio está condicionada al número de estaciones que se presten a colaborar y a la sucesión intensa de programas, de manera que al público no le quede más remedio que escuchar determinado tipo de música. El ejemplo es claro y no admite discusión respecto, por ejemplo, a la detestable invasión folklórica de baja estirpe que impone la radio hoy día.

La educación musical es un medio poderoso siempre que no se pretenda creer que la masa, así como tal, sea capaz de comprender lo que sigue siendo privilegio de las «élites». A la masa, que hoy día se le ha querido iluminar con los destellos de lo mesiánico, nos esforzamos vanamente en crearla capaz de sentir toda manifestación superior, sin acordarnos que esta masa pobre de espíritu, incapacitada para vivir el misterio, ha sido arrojada a la estandarización, a lo limitado, a lo parejo, no se tolera que todo no sea para todos. La necesidad de música no tiene por qué ser de todos; en cambio, hoy se exige casi, que la música «acompañe» la vida. La música puesta en ese plano debe entenderse como un pasatiempo, un descanso o bien, como dije antes, un torneo deportivo.

Como todo esto obedece no a factores educacionales sino culturales, de concepción del mundo, no puedo sino ser pesimista sobre esta interesante encuesta. De todos modos la educación musical no puede ser considerada aisladamente; el problema, ya lo digo, lo entiendo mucho más profundo y de todos modos tiene un aspecto total.

El compositor, vibrando, como es natural, con los problemas humanos que estremecen al mundo de hoy, está espiritualmente muy lejos de la masa, aun cuando se hagan esfuerzos soberanos por escribir música para las masas y a costa de la música. De ahí, a mi modo de ver, el divorcio entre la creación musical de hoy día (como tal, elevada, libre, y sin finalidad) y el grueso público.

No quiero ser un destructor y en consecuencia mi opinión concretamente para Chile es que hagamos conciertos en que siempre se incluyan obras contemporáneas y así se lo exijamos a los directores, especialmente extranjeros.

No creo necesario que la producción chilena tenga su capítulo especial; basta, y quizá si es mejor, que se le dé un tratamiento igual que a la música extranjera. Eso sí, creo que debe ejecutarse más regularmente y no dejando que las obras duerman largos años. Hay que distribuir mejor su audición.

---

MARTA CANALES, Compositora y Directora del Coro Ana Magdalena Bach.

El problema de la música moderna presenta en Chile la más oscura y difícil de las soluciones. Nuestro ambiente está cargado de prejuicios que es necesario eliminar con paso prudente, mesurado y con argumentación convincente. Cosa muy difícil en un campo como éste, lleno de tanteos e imitaciones. Para mí el ideal en cuanto a la difusión de la música moderna estaría en abrir un centro en el que se cumpliera una labor, como ya se está haciendo en otros países, de comentar la estructuración de nuevos acordes; planes, elaboración y desarrollo de sus ideas en los músicos precursores del movimiento contemporáneo, como Ravel y Debussy. Cursos como los que indico, hechos en forma familiar, con debate, exposición de recursos expresivos y técnicos, ejecución de ciertos pasajes, seguidos por un análisis meditado y profundo de cada uno de ellos, abrirían un ambiente más amable hacia la música moderna y eliminarían los puntos negros que en nuestro medio se adjudican a toda obra por el solo hecho de aparecer con la etiqueta de «moderna».

Debemos prepararnos para saber discriminar y comprender cuando un músico escribe «porque tiene algo que decir» o cuando lo hace por acrobacia, preocupándose sólo de poner en práctica una sucesión de atonalidades, disonancias y efectos sonoros en los cuales quiere vaciar lo que a veces no es sino el resultado de muy difíciles elucubraciones, a cuyo término no ha dicho nada.

FILOMENA SALAS, Secretaria de Difusión Artística de la Facultad de Bellas Artes.

Creo que la cooperación del público en el progreso de la vida musical podría estimularse valorizando a la composición musical universal como lenguaje de hoy día. La música contemporánea debería ser ofrecida también en conciertos en los que se destacasen las características del lenguaje musical de las diferentes épocas hasta llegar a la actual. En estos conciertos, debería preceder a cada obra un pequeño análisis que hiciese comprender al auditor las singularidades de cada época y estilo.

La educación musical impartida en escuelas y liceos debe contribuir en poderosa medida a la mejor comprensión de la música. Pero habría que valorizar ante los escolares, tanto como al intérprete, al creador. Habría que procurar despertar el interés hacia el proceso creativo; familiarizar a los jóvenes auditores con el contenido más profundo de la obra de arte.

La música chilena no debe ejecutarse en conciertos aparte de los consagrados a la música moderna de los demás países. Para contribuir a su difusión, estimo necesario crear concursos de ejecución de música contemporánea, imponer en las radios programas de esta música, tanto la grabada en discos como la interpretada por artistas vivos. Insisto en que al hablar de la música contemporánea incluyo la chilena de nuestros días.

---

ANA DE AGUIRRE y ERNESTO RUDLOFF, Presidente y Secretario de la Sociedad Musical de Osorno.

La incomprensión y oposición que existen en las provincias a la música contemporánea, la atribuimos a su casi absoluto desconocimiento, ya que solamente en Santiago se la difunde más ampliamente. Casi no existen grabaciones de ella, y llega al público solamente en contadísimas ocasiones y nunca repetida, por lo que no se la logra captar en forma completa. El público corriente, formado por adultos que se interesan por estas manifestaciones, ha crecido y conocido más ampliamente las escuelas antiguas y clásicas; no así la música contemporánea, pues Debussy y Ravel aún no son conocidos; mucho menos los músicos actuales, como tampoco sus propósitos y tendencias.

La difusión de la música moderna sólo puede hacerse a través de un plan desarrollado en conjunto por los organismos oficiales y las sociedades musicales y centros de extensión cultural, ya que los primeros están en condiciones de proporcionar grabaciones, intérpretes y todos los antecedentes necesarios para que los segundos organicen conciertos, charlas, audiciones públicas y radiales, etc., dirigidas en especial a la juventud, para que los conocimientos que ésta adquiera vayan equilibrados en calidad, repartiéndolos justamente entre música antigua, clásica y romántica, por un lado; y por otro, la música contemporánea, tanto nacional como extranjera. Esta difusión debe ser acompañada imprescindiblemente, de una mayor acción de parte de los educadores musicales, tanto en liceos, como escuelas especiales, conservatorios, etc.

La música chilena contemporánea creemos que debe gozar de la misma difusión amplia y activa que la extranjera. Si hubiera el suficiente material, se la podría dar a conocer en forma exclusiva; es decir, sin programarla junto a la extranjera.